



## Clausura del centenario del Colegio María Auxiliadora

La Palabra de Dios, del libro del Deuteronomio, es una exhortación a Israel a mantener viva la memoria de la acción de Dios en su historia, para garantizar la fidelidad a su identidad religiosa, al entrar a tomar posesión de la tierra, que el Señor le entrega en propiedad.

En el capítulo 8 del Deuteronomio se cuentan dos historias: la primera para recordar los dones concedidos por el Señor a su pueblo durante la peregrinación por el desierto; la segunda para advertirle que no sea arrogante y no olvide a Dios al tomar posesión de la nueva tierra.

Fue el Señor el que dirigió la marcha por el desierto durante cuarenta años para humillar al pueblo de Israel, poniéndolos a prueba para saber lo que había en su corazón, si cumplirían o no sus mandamientos (v 2; cf. v 16). Era el Señor el que los llevaba a una tierra buena (vv 7-9.18). Fue el Señor quien les dio maná en el desierto (v. 3; cf. Éx 16,1-36; Nm 11,1-9) y alimentó a Israel con pan del cielo; pero fueron ellos los que aprendieron que no se vive sólo de pan, sino de cada palabra que sale de la boca del Señor (v. 3; cf. Mt 4,4). En aquel tiempo, Israel tuvo que caminar por el desierto durante cuarenta años, pero no le faltó nada (v 4; cf. 2,7). El Señor probó a los israelitas para conocerlos (v 2), y los corrigió como un padre corrige a su hijo (v. 5; cf. 1,31). Así el pueblo aprendió a cantar la misericordia de Dios como artífice de su propia historia y ha reconocer y confesar: “el Señor es mi fuerza, mi roca y salvación”. En sintonía con esta experiencia religiosa de Israel, exhorta el Deuteronomio: *“No digas: por mi fuerza y el poder de mi brazo me he creado estas riquezas. Acuérdate del Señor, tu Dios: que es él quien te da la fuerza para crearte estas riquezas, y así mantiene la promesa que hizo a tus padres,*

El relato de Lucas, leído en el Evangelio de hoy, está precedido de la narración de la vuelta de los setenta y dos discípulos, enviados por Jesús a anunciar la llegada del Reino de Dios. El éxito de los setenta y dos es un anticipo gozoso de los frutos que esperan a los que tomen parte como verdaderos discípulos en la futura misión de la Iglesia. El éxito de los discípulos representa una victoria sobre las fuerzas del mal, que dominan a la humanidad. Como signo de esta victoria, Jesús ve caer del cielo a Satanás derrotado y, por ello, los discípulos han de alegrarse porque sus nombres están escritos en el cielo.

El mismo Jesús es presentado por Lucas *“lleno de la alegría del Espíritu Santo”*. Esta es la única ocasión en el Nuevo Testamento en la que Jesús se llenó de alegría. De esta forma se expresan los sentimientos de Jesús por el éxito de la misión de los setenta y dos discípulos.



Jesús está “lleno de la alegría del Espíritu Santo”; y es “en el Espíritu Santo” como se regocija y ora. Su oración es una acción de gracias, que corresponde al esquema de plegaria de acción de gracias característico de la tradición apocalíptica judía. El que ha tenido una revelación está feliz y expresa su gratitud, inspirado por Dios. Alaba como creador al Dios que se le acaba de manifestar; relaciona así el origen con el presente y acoge con reverencia el plan divino de la salvación. Estos elementos aparecen en el texto hoy leído de Lucas. Jesús se dirige a Dios como creador y como Padre, con el término *abba*, habitualmente usado por él. Con estos dos títulos, “Padre” y “Señor del cielo y de la tierra”, el evangelista describe los dos rasgos complementarios del Dios único, su fuerza de creación y su voluntad de redención.

La continuación del versículo: *”Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos y las has revelado a la gente sencilla”*, expresa el motivo de la oración, de forma semejante al uso que hallamos en el Magnificat y en el Benedictus. La causa de la alabanza es una acción de Dios, expresada bajo la forma de un paralelismo antitético con los términos: “esconder” y “revelar”.

Jesús introduce en su oración una novedad respecto a los antecedentes judíos, que refleja la identidad profética de Jesús y expresa la intrepidez de los cristianos; se trata del cambio de los destinatarios: *“has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a la gente sencilla”*. Según su tradición, los apocalípticos alababan a Dios por haber manifestado su designio a los sabios, es decir, a ellos mismos. Jesús, y tras él los cristianos, que se sienten ciertamente los destinatarios de la revelación, saben que no forman parte de la élite intelectual de Israel. No desean ni se atreven a llamarse sabios. Al contrario, para calificarse adoptan un término empleado por Jesús, el de los “pequeños”. Inspirándose en la tradición profética, Jesús rompió con la autoalabanza de los sabios, lo mismo que criticó la de los escribas. Y los cristianos asumieron con valentía la misma actitud. Entonces nació una nueva categoría de creyentes; socialmente peor situados, culturalmente menos sabios.

Estos “pequeños” se caracterizan por su dependencia, su capacidad de escuchar y la calidad de su acogida. Jesús piensa en los niños en sentido propio, pero los considera también en sentido figurado como imagen de “la gente sencilla”. Al darse cuenta de la discusión de sus discípulos sobre su mayor o menor importancia, Jesús *“tomó a un niño, lo puso junto a sí y les dijo: El que acoge a este niño en mi nombre, a mí me acoge; y el que me acoge a mí, acoge al que me ha enviado, porque el más pequeño entre vosotros es el más importante”* (Lc 9, 47-48). Algunos otros pasajes del Evangelio de Lucas esbozan un retrato de la gente sencilla en personas como el ciego de Jericó (18, 35-43); Zaqueo (19, 1-10); y la gente que llena de alegría aclama a Jesús en su entrada en Jerusalén: *“Bendito el que viene en nombre del Señor”* (19, 28-44).

El hecho de que la comunidad cristiana se reconozca en la figura de los “pequeños” atestigua que ha comprendido la inversión realizada por la revelación divina, manifestada por el Padre a Jesús y por Jesús a nosotros. El mismo Hijo es también uno



de esos “pequeños”, que dice haberlo recibido todo del Padre: *“Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar”* (v. 22). ¿Acaso no lleva Jesús el título de “Hijo”? Sin la conciencia de ser “hijo”, no sería el “Hijo” único. Este versículo, de tan rico contenido teológico, no es menos elocuente desde el punto de vista sociológico. Jesús, seguido por los cristianos, creaba algo nuevo: por la atención a cada uno de los pequeños, se situaba en la línea de los salmos, por ejemplo, del Salmo 103: *“Como un padre siente ternura por sus hijos, así siente el Señor ternura por sus fieles”* (103, 13); por el cambio de visión que Jesús predicaba, renovaba la tradición profética del pequeño resto de Israel, la tradición del pequeño David derribando a Goliat, y la del pequeño Daniel, más sabio que todos los adivinos. De esta misma tradición profética Jesús tomó también el rechazo de la actitud de los sabios y grandes. En efecto, comienza su sentencia con una negativa: *“has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos”*, recordando a Isaías: *“Por eso volveré a realizar prodigios extraordinarios, para que desaparezca la sabiduría de sus sabios y se eclipse la inteligencia de sus inteligentes”* (Is 29, 14).

El contenido de esta oración de Jesús, en la situación judía de su época, es valiente y original. Pero la novedad que expresa tiene toda la antigüedad de la fe de Israel, con la que enlaza. Según los primeros cristianos, descubrir la atención de Dios por los “pequeños” será dar pruebas de una solicitud auténtica; será acoger tanto a los económicamente débiles como a los paganos despreciados en Israel. En todos estos casos lo social y lo étnico se inscribirán en la actitud personal que sugiere el término “pequeños”. Capacitados para comprender la revelación y su alcance, los “pequeños” estarán también equipados desde entonces para enfrentarse con la reacción negativa de Israel y con la persecución de un mundo extraño.

Lucas no ha considerado necesario explicitar el contenido de la revelación de Dios a los sencillos; se describe de forma vaga con la expresión “estas cosas”, que se refiere a toda la acción y enseñanza de Jesús. Lo que los discípulos acaban de ver inmediatamente es el poder que Jesús les ha otorgado sobre los espíritus; pero Jesús les ayuda a reconocer que lo importante es el significado de este poder como llegada del Reino de Dios. Y, por la misma razón, les señala cuál debe ser el verdadero motivo de su alegría: *“No os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos más bien de que vuestros nombres estén escritos en el cielo”* (Lc 10, 20).

En la oración de Jesús se incluye una declaración que llama la atención: *“Sí, Padre, porque así te ha parecido bien”* (v. 21).

Jesús se ha atrevido a elevarse desde las acciones por las que Dios se revela hasta su misma intención o designio; desde lo perceptible hasta lo incognoscible de Dios, que sólo conoce el Hijo. El texto puede leerse de forma dialogal, como si un profeta cristiano respondiera en su oración con esas palabras a la escucha de la acción de gracias proclamada. Esta respuesta es ante todo la expresión de una adhesión, de una convicción común sobre la preferencia de Dios por la gente sencilla, a la que da a conocer sus designios de salvación.



La declaración de Jesús: *“Todo me lo ha entregado mi Padre.. y nadie conoce... quién es el Padre, sino el Hijo”* (v. 22) expresa la transmisión por parte de Dios de un poder y de un saber. Jesús se expresa aquí a la manera del Hijo del hombre: ha recibido de Dios una misión de enviado y representante. Esa es la convicción de los cristianos, particularmente de Lucas. Jesús se ha referido antes a la revelación de Dios a la gente sencilla; ahora se refiere explícitamente a su propia persona como el Hijo del Padre. Lucas no duda de que sus lectores tienen clara una doble idea: la de un padre divino y la de un intermediario entre ese padre celestial y sus hijos de la tierra. La declaración de Lucas permite a los lectores pasar a un conocimiento más preciso de ese intermediario. Ese Hijo tiene un nombre, Jesús; y ese Padre es el Dios de la creación y de Israel. A través del Hijo se ofrece a los hombres la posibilidad de entrar en la intimidad del Padre y del Hijo.

El texto se ha referido antes al designio de Dios de revelar su designio a la gente sencilla. Más adelante hay una referencia a la voluntad del Hijo de revelar el conocimiento del Padre: *“Nadie conoce...quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar”*. Estas dos voluntades del Padre y del Hijo están en armonía; los cristianos, siguiendo a Jesús, lo proclaman ante los judíos y ante los paganos. Se trata de la revelación de una relación interpersonal entre el Padre y el Hijo, la cual, a pesar de las apariencias, es una relación entre tres: El Padre, el Hijo y el pueblo de Dios.

El Padre y el Hijo se conocen mutuamente con un conocimiento que está marcado por el afecto, tanto como por la inteligencia mutua. Cuanto más se conocen, más intentan introducir a los otros en el círculo de su mutuo afecto. Por tanto, no es solamente el designio de Dios, sino Dios mismo el que se manifiesta. Aquí el tercer miembro de la relación no es el Espíritu Santo, como en el Evangelio de Juan, sino el pueblo de Dios, el grupo privilegiado de los “pequeños”.

Estos son los que han de considerarse dichosos por ver lo que ven y oír lo que oyen.

La resistencia humana a acoger los planes divinos hizo imposible durante mucho tiempo el conocimiento de Dios; por ello, Jesús, recordó el anuncio del profeta y aclaró a sus discípulos que hablaba en parábolas a la gente para que oyeran sin entender. Ahora, Jesús ha hecho posible a sus discípulos la comprensión de los misterios del Reino, destinado a los sencillos. De esta convicción procede la proclamación de la dicha de quienes han visto a Jesús y oído su palabra.

Verdaderamente, a muchos profetas y reyes les hubiera gustado ver y oír lo que los discípulos vieron y oyeron, pero no pudieron. Lo que los discípulos ven y oyen es el misterio de Dios en Jesús: la interacción íntima entre Dios y el Hijo, que se ha manifestado a los escogidos por el Hijo. Este es el poder que destruye a Satanás y elimina de los corazones de los hombres todas las formas del mal.



Carlos López Hernández

La enseñanza de Jesús sobre la relación entre el Padre y el Hijo (v. 22) ha sido seguramente la que más ha seducido a los espíritus a lo largo de los tiempos y debe seguir siendo anunciada como camino de salvación para el hombre de hoy.

Las frases de Jesús sobre los pequeños (v. 21) y sobre los ojos bienaventurados (v. 23-24), han llenado de gozo los corazones de los cristianos a lo largo de los siglos y han de seguir siendo escuchadas también hoy con gozo por quienes hemos experimentado la dicha de encontrar en la persona de Jesús el tesoro escondido del Reino de Dios.

La aplicación de la enseñanza de la Palabra meditada a la celebración de acción de gracias por el Centenario del Colegio María Auxiliadora la hice de memoria.

Salamanca, 9 de octubre de 2009